

La piel hundida

David S. M.



Capítulo 1

La primera vez que ella apareció por la puerta, mi mundo se volvió del revés. Su pelo castaño clareaba al recibir los rayos del sol que entraba de frente, por la ventana del aula en la que nos encontrábamos, y sus rizos despedían sueños al aire como si le rebosaran de una mente repleta y no pudiese retenerlos todos. Dos ojos de color aceituna asomaban por debajo de esos rizos que le cubrían la frente como una cortina en constante movimiento, unos ojos deliciosamente entristecidos por su punto almendrado, o quizá en ese momento estuviesen acentuados por la sonrisa de disculpa que enmarcaba la mitad inferior de su cara, repleta de dientes blancos como perlas purificadas perfectamente alineados bajo unos labios finos y brillantes. Poseía una nariz recta y perfectamente proporcionada, que partía por la mitad las mejillas más sonrosadas del mundo. Sin embargo, no fue ninguno de esos detalles el que me volvió inmediatamente loco, sino otro.

Fue la pequeña porción de piel hundida en su mentón, formando un hoyuelo, un perfecto ombligo en la barbilla, que producía mínimas sombras con el movimiento, incitándome, hipnotizándome, como algo vivo. Un agujero negro que me absorbió el alma y me atravesó los ojos cegando el resto del mundo. Me sentí deshacer como una gigantesca estatua de humo, hielo y espuma. El esbelto cuerpo, que para mí parecía flotar mientras caminaba, se volvía secundario después de ser deslumbrado por ese pedacito de piel hundida, como si viese todo lo demás desde el negativo de una fotografía. Casi esperaba que surgieran unas alas en su espalda, y de pronto ella se desvaneciera en niebla, como el recuerdo de un sueño especialmente intenso tras despertarte.

Sentí que algo invisible me atravesaba el pecho y salía por mi espalda, como si hubiese recibido un balazo invisible. El corazón me bailó al compás de una música nueva y desconocida, y me encantó. En apenas unos instantes, desde que se abriese la puerta del aula y ella apareciese, ese agujero negro debajo de su boca, ese pedazo de piel hundida había absorbido el Universo, y ya nada existía salvo ella.

-Buenos días. Perdón por el retraso, no encontraba la clase –se disculpó.

Su voz, diáfana y cantarina, delataba un origen puramente castellano. Su tono era neutro, ni agudo ni grave, pero cálido al oído.

El resto de la mañana voló, yo no pude retener absolutamente nada de lo que se impartió en el curso al que asistía, y al final del día sólo pude constatar que mi cerebro se había fundido; había ido resbalando por mi columna, y me había dejado incapaz de pensar. Un vacío colosal me fue abrasando paulatinamente el estómago desde que dejé de verla.

Hoy en día está extendida una teoría científica que explica el amor como una cascada de reacciones bioquímicas, que liberan determinadas sustancias en el organismo, las cuales nos hacen comportarnos como si no pudiéramos recordar donde tenemos cada una de las manos.

Contra esto, existe la leyenda de que el amor es algo inexplicable que nos regala un querubín regordete que se divierte taladrándonos el corazón, aunque por desgracia parece tener muy mala puntería. Generalmente, necesita unos cuantos intentos para acertar, y eso lleva tiempo. Seguimos sin saber donde están nuestras manos, igualmente, pero la convalecencia es más larga y pesadosa. Aun así, a veces Cupido hace diana a la primera, y su pequeño dardo nos atraviesa el alma de forma fulminante, sin dejarnos reaccionar.

Esa mañana yo fui la persona más prendada del mundo. Mi cuerpo emitía ondas de colores como si fuese un sistema de localización GPS en la época hippie. Y pasé toda la tarde pensando en la mañana siguiente, deseando encontrarme de nuevo frente a ese pedazo de piel hundida, y todo el pequeño universo femenino que lo rodeaba. En resumen, que sí, que los flechazos existen. Yo viví uno de los gordos. Ese día Cupido estaba hiperactivo.

Sin embargo, del mismo modo que sucede con el amor, hay abierto un gran debate con el destino. Hay quien cree en él, y hay quien no. Cada uno da sus razones, todas con su punto de validez. Yo no entro en ese debate, pero si de verdad existe el destino, debía de conocerme y tener alguna deuda pendiente conmigo. O eso, o el maldito se había empeñado en perseguirme, borracho.

Lo digo, por si pudiera parecer que esto es un cuento, porque esa chica y yo éramos el sol y la luna. Hacía menos de una semana que me había prometido con mi novia. Yo estaba loco por ella, y eso no había cambiado. De modo que no era del todo anormal que mi mente se sintiese como si la estuviesen destilando a máxima presión. Quisiera decir que no deseaba ver a mi nueva compañera a la mañana siguiente, que mi estómago no estaba vuelto del revés hasta que apareció tras su precioso pedazo de piel hundida, pero me mentiría a mí mismo. Serán cosas que pasan.

Fue incluso peor que el día anterior. El hoyuelo rielaba, lo juro, y me robó el aliento como si en la habitación se hubiera hecho el vacío, al tiempo que un frío depredador goteó por mi espina dorsal hasta hacerme tiritar los tobillos. Si no hubiese estado sentado, me habría desplomado en

ese mismo instante como un títere sin sujeción.

Así fue día tras día, pero a peor; iba acercándome poco a poco pero sin remisión al agujero negro, hasta que me di cuenta de que, si no hacía algo, me caería dentro. Ahora, cuando estaba con mi novia, pensaba en cerrar los ojos, en dormir hasta que fuese el día siguiente, y estaba quedándome sin voluntad.

Y, por descontado, llegó el día en que tuve que decidir, porque la cosa estaba a punto de ir demasiado lejos y escaparse de mis manos.

Estoy casado y tengo un hijo precioso. Amo a mi mujer con toda el alma. Pero, a veces, cuando menos lo espero, siento una punzada en la espalda, a la altura del corazón, allí donde se me clavó una flecha hace ya un tiempo. Hay dolores que quien diga que se olvidan, miente. Como mucho, se pueden llegar a atenuar lo suficiente para que uno se pueda engañar pensando que han desaparecido.

¿Preguntas si al final hablé con ella? No pude hacerlo, dejé el curso sin avisar a nadie y no volví. Si hubiera escuchado su voz de nuevo, si hubiera visto una vez más su hermoso rostro, con ese pedacito de piel hundida resplandeciendo bajo sus labios, habría perdido las fuerzas. Y la razón.

Escribí una carta. La tienes entre las manos.